

EXPOSICIÓN DE MANUEL GÁNDARA,  
EN LA CEREMONIA INAUGURAL DEL DIPLOMADO:  
«MANEJO DE RECURSOS CULTURALES»

«Perfil del visitante a un sitio arqueológico»: notas en torno a un documento apócrifo

Compañeras y compañeros:

Agradezco al INAH su invitación para participar en el diseño y realización de este Diplomado, y en particular la oportunidad de hablar de uno de los tópicos sobre el que he venido investigando en los últimos años: el de la interpretación temática. En el área de manejo de recursos culturales la interpretación temática no es otra cosa que la traducción, del lenguaje científico a un lenguaje que el público entienda, de los hallazgos de los especialistas, para presentar no solamente información, sino promover la comprensión de manera agradable, uverua y relevante.

Pero agradezco aún más a Gloria Artis y a Nelly Robles sus intervenciones esta mañana, que han cubierto los aspectos centrales del porqué y cómo del Diplomado, lo que me da oportunidad de compartir con ustedes un documento que me honro en haber recuperado para la historia, en arduas sesiones de trabajo de archivo y paleografía. Se trata del documento que, a falta del título original, he llamado *Perfil del visitante a un sitio arqueológico*, antiguo manuscrito, por desgracia incompleto, y probablemente apócrifo, encontrado en unas cajas de archivo muerto que pudieron haber pertenecido a alguna institución oficial. Dada su importancia para este Diplomado, y a pesar de que solamente he logrado recuperar algunos párrafos, creo muy pertinente el citar, *verbatim*, algunos de los segmentos tan laboriosamente obtenidos:

**Perfil del visitante a un sitio arqueológico**

«Capítulo primero. Definiciones»:

«visitante»: persona que paga el boleto de entrada; aunque puede extenderse el término también a aquellos que se cuelan, a los que entran «de grapa» (*sic*) los domingos, o a los que pasaron mediante alguna credencial que impida que les cobremos.

«sitio»: conjunto de pirámides cuando menos potencialmente visitable, aunque puede extenderse el término a pedazos de pirámide o a pirámides excavadas solo parcialmente -fachadas para que las vean los visitantes; incluye los desechos de excavaciones anteriores.

«institución»: organismo encargado de cobrar la entrada, y si se tiene suerte, de financiar, aunque sea a medias y cuando se pueda, las excavaciones parciales de las fachadas que ven los visitantes. No incluye presupuestos para retirar los desechos de excavaciones anteriores.

«Capítulo cuarto» (no me estoy saltando yo la secuencia, se salta el documento original, ya que el segundo capítulo, sobre las obligaciones de la institución en relación con los sitios está ilegible;



Gráfica del '68



Gráfica del '68.

y no aparece, por desgracia, el capítulo tercero, sobre las obligaciones de los arqueólogos para con el visitante -o quizá no alcanzaron a redactarlo los autores); así que pasamos a este capítulo cuarto, que es el cuerpo central del documento: «Del visitante»:

«Se trata de una especie muy parecida al género humano, probablemente relacionada con éste, aunque en un estado evolutivo diferente. Por ejemplo, los visitantes tienen una increíble resistencia a la fatiga, lo que afortunadamente nos exime de tener que proporcionales lugares de descanso; su piel, producto sin duda de años de cambios adaptativos, es capaz de absorber radiaciones solares de diversos tipos, lo que explica que puedan sobrevivir sin problema a las prolongadas exposiciones al sol que les proporcionamos en los sitios; son fuertes, o si no son fuertes, se fortalecen gracias a las oportunidades de hacer «aeróbics arqueológicos» que cualquier sitio que se precie debe incluir como su atractivo central; parte de su fuerza parece radicar en su sistema renal, capaz de retener líquidos vitales durante horas -característica que seguramente co-evolucionó con su sorprendente habilidad para sobrevivir sin consumo de agua u otros insumos básicos.

«Estas características fisiológicas palidecen, sin embargo, ante sus impresionantes capacidades cognitivas: los visitantes «intuyen» el significado de los sitios de manera natural -no hay necesidad de proporcionarles interpretaciones, guías o apoyos; son resistentes a la carencia de sentido, como prueba su estoica apreciación de nuestras reconstrucciones de etapas

CONTINÚA EN LA PÁGINA 14



Gráfica del '68

**VIENE DE LA CONTRAPORTADA**

constructivas parcialmente representadas en los sitios; sus cerebros deben incluir seguramente mecanismos de alta sensibilidad magnética: son capaces de orientarse aún en ausencia de mapas y señalizaciones; pueden soportar dosis de tedio que serían letales a los seres humanos, lo que explica que sobrevivan e incluso disfruten nuestras doctas y profusas explicaciones de la cronología cerámica del sitio; y, por último, y su característica más sorprendente, es que se trata de gente increíblemente preparada y culta: no es necesario decirles en qué consiste lo que están viendo, porque seguramente lo sabían ya antes de llegar al sitio.

«Auténticos lobos esteparios, estos visitantes llegan al sitio normalmente solos, característica muy útil, porque de otra manera habría que diseñar actividades y apoyos para la visita de familias o grupos. Cuando, por insistencia de alguna institución escolar, la variante infantil de la especie se presenta grupalmente en el sitio, es placentero ver cómo, gracias a las capacidades cognitivas previamente señaladas, mantienen todos el interés y la atención a los detalles de técnica constructiva que seguramente esperaban oír durante la visita. Y gracias a que todos, adultos e infantes, tienen memorias prodigiosas, no es necesario prever la venta de guías, libros, souvenirs u otro tipo de recuerdos, dado que además, gracias a su enorme cultura y familiaridad con la temática, ninguno de sus familiares o amigos encontraría interesantes dichos productos.»

En este punto el documento se interrumpe, y aparece un segmento que yo creo debe pertenecer a otro documento, con la epígrafe: «cómo hacer puntos escalafonarios» -que no leeré aquí- para luego continuar con otro fragmento: «Los visitantes son increíblemente homogéneos: todos tienen exactamente el mismo tiempo para visitar el sitio, los mismos antecedentes e intereses, la genial constitución física y mental ya apuntada y Ö»

Aquí por desgracia el documento se interrumpe una vez más, hasta llegar al encabezado del capítulo de «oportunidades educativas», cuyo texto es también inexistente también salvo por una nota que dice «redactar después»; para terminar, quizá luego de unas algunas páginas faltantes, con un último párrafo, que ahora cito:

«Ö Estas son, en breve, algunas de las características del visitante que deben tomarse en cuenta tanto por la institución como por los arqueólogos, cuando se está realizando la planeación de qué fachadas excavar para mostrar a esta incansable variante del género humano Ö»

Hasta aquí el ejercicio de paleografía.

Afortunadamente, no somos esa institución, ni esos arqueólogos. Este Diplomado es, en cierto sentido, una medida del grado al que hemos avanzado o podemos avanzar en relación con este antiguo -pero a veces por desgracia todavía vigente- documento. El que la institución nos convoque, y el entusiasmo con que hemos respondido, son alentadoras muestras de que existe

un ánimo por mejorar las cosas, aunque a veces haya que hacerlo en condiciones no ideales.

Una de las intenciones del Diplomado es la de construir herramientas para actuar sobre una idea básica que, sin duda, un grupo como éste seguramente no habrá olvidado, pero que nunca está de más recordar: me refiero a nuestra convicción compartida de ver a los sitios arqueológicos en su totalidad, como recursos culturales no renovables, susceptibles de ser manejados racionalmente y con objetivos sociales en mente; con cariño y respeto para el público, y a favor de la comunidad, la región y el país en que se encuentran. Verlos no como «zonas de monumentos» muertos y aislados de un contexto mayor, sino como puntos de confluencia de múltiples intereses e intenciones, recursos llenos de vitalidad, de retos y oportunidades para hacer de nuestra querida arqueología una disciplina socialmente más útil.

Solamente en esa medida podremos contrarrestar una imagen pública altamente difundida: la del visitante, que a la salida de un sitio arqueológico comenta, en tono de molestia: «Las pirámides son bonitas, lástima que el INAH las tenga hechas una ruina», sin saber que se supone que son -y en ello estriba su valor- precisamente, «ruinas».

Quizá el futuro consistirá, entre otras cosas, en aplicar la máxima del manejo de recursos culturales:

«A través de la interpretación, educación; a través de la educación, apreciación; y a través de la apreciación, conservación»

Gracias.



Gráfica del '68